

**“LA ACRACIA... HARÁ
JUSTICIA A LA MUJER”.**

Teresa Claramunt, 1899.



Texto extraído de: “*A la mujer*”, Fraternidad, nº 4, Gijón, España, 1899.

• Preparado y “reproducido” para Internet por: **(I.E.A.)**

“**Instituto de Estudios Anarquistas**” (Santiago, Chile, mayo de 2005),

<http://www.institutoanarquista.cl> // contacto@institutoanarquista.cl

“LA ACRACIA... HARÁ JUSTICIA A LA MUJER”.

Teresa Claramunt [1].

Si existiéramos en la época en que la fuerza muscular era signo de poder al cual se sometían los de débil construcción orgánica, claro está que las mujeres seríamos inferiores, ya que la Naturaleza ha tenido el capricho de someternos a ciertos períodos que debilitan nuestras fuerzas musculares y hacen que nuestro organismo esté más propenso a la anemia. Más hoy, por fortuna, ningún poder, ningún valor se le reconoce a la fuerza muscular. En el orden político, una mujer endeble, un niño enfermizo, un neurótico, un tísico o un sifilítico son elevados por la ignorancia a los más altos sitios del poder para dirigir desde allí la nave del Estado.

¹ Teresa Claramunt Creus: (1862, Barbastro, Huesca – 1931, Barcelona) Fue una de las primeras revolucionarias españolas del siglo XIX. Obrera textil, tejedora, y dirigente anarcosindicalista, una de las militantes fundamentales del movimiento libertario español, que simbolizó la agitación obrera revolucionaria a lo largo de medio siglo. Su militancia activa en el anarquismo hizo de su vida una sucesión constante de detenciones, condenas, destierros interiores y exteriores, y períodos de libertad. Autodidacta y oradora vibrante, fundó y colaboró en varias publicaciones anarquistas.

En 1883 participa en la movilización de miles de obreras y obreros de la textil de Sabadell por reivindicaciones salariales. Durante el proceso de Montjüich la destierran a Zaragoza y expulsan de España, exiliándose en Francia y Gran Bretaña, volviendo del exilio en 1898.

Durante la huelga del ramo textil y fabril barcelonés de 1902 fue una de las más destacadas activistas, en aquella oportunidad se logró la regulación de la jornada laboral, lo que le valió la cárcel y el destierro a Zaragoza.

En 1903, publicó “*La mujer, consideraciones sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*”, uno de los primeros panfletos escritos por una obrera en torno a la condición social de la mujer.

Su participación en la “Semana Trágica de Barcelona” (1909) la llevó a un nuevo destierro en Zaragoza, lugar donde al estallar la huelga general de 1911 es detenida con la acusación de haber dirigido una huelga general, y condenada a cuatro años de prisión, ahí, estando encerrada, comenzó a sufrir un proceso de parálisis progresiva que la acompañó hasta su muerte.

Poco después del atentado contra el cardenal Soldevila de Zaragoza (1923) la policía allanó su casa, tratando de inculparla, pero no encontró nada. En 1924 retorna definitivamente a Barcelona, vencida por la enfermedad.

En 1929, ya muy debilitada, asiste a su último mitin y pronuncia su último discurso. Muere en Barcelona el 14 de abril de 1931. Durante el paso de la comitiva fúnebre las banderas republicanas ondearon a mitad de asta, en homenaje a la líder anarcosindicalista.

Teresa Claramunt fue muy consciente y consecuente, no sólo como activista social en el ámbito libertario, sino en su condición de mujer. Fue una de las primeras que defendieron la emancipación de la mujer y formuló la primera reflexión, según la cual, únicamente mediante la autoemancipación femenina se podría acabar con la hegemonía cultural, social y laboral de los hombres.

Original en el contexto de su entorno, su planteamiento preveía que esta tarea tenía que ser efectuada de forma exclusiva por las mujeres, ya que la mujer era «*la esclava del esclavo*» y ella misma debía conseguir su emancipación. Esta iniciativa de organización de las mujeres obreras representa uno de los primeros pasos en la dinámica de constitución de una organización de mujeres obreras, que defiende tanto la lucha social como la emancipación femenina, organización que en España no llegó a constituirse hasta 1936, con la creación de “Mujeres Libres”, organización femenina anarquista (Nota: IEA, Santiago, Chile, mayo de 2005).

En el orden moral la fuerza se mide por el desarrollo intelectual, no por la fuerza de los puños. Siendo así, ¿por qué se ha de continuar llamándonos sexo débil?.

Las consecuencias que nos acarrea tal calificativo son terribles: Sabido es que la sociedad presente adolece de muchas imperfecciones, dado lo deficiente que es la instrucción que se recibe en España, y hablo de España porque en ella he nacido y toco las consecuencias directas de su atraso. El calificativo «débil» parece que inspira desprecio, lo más compasión. No: no queremos inspirar tan despreciativos sentimientos; nuestra dignidad como seres pensantes, como media humanidad que constituimos, nos exige que nos interese más y más por nuestra condición en la sociedad. En el taller se nos explota más que al hombre, en el hogar doméstico hemos de vivir sometidas al capricho del tiranuelo marido, el cual por el solo hecho de pertenecer al sexo fuerte se cree con el derecho de convertirse en reyezuelo de la familia (como en la época del barbarismo).

Se dirá que nuestra intelectualidad es inferior a la del hombre. Aunque hay pretendidos sabios que lo afirman, hombres de estudios lo niegan. Yo creo que no se puede afirmar nuestra inferioridad siempre que se nos tenga a las mujeres en reducido círculo, dándonos por única instrucción un conjunto de necedades, sofismas y supersticiones que más bien atrofian nuestra inteligencia que la despiertan.

Hombres que se apellidan liberales los hay sin cuento. Partidos, lo más avanzado en política, no faltan; pero ni los hombres por sí, ni los partidos políticos avanzados se preocupan lo más mínimo de la dignidad de la mujer. No importa. La hermosa acracia, esa idea magna, hará justicia a la mujer; para la acracia no existe raza, color ni sexo. Hermana gemela de nuestra madre Natura, da a cada uno lo que necesita y toma de cada uno lo que puede dar de sí.

Si supieras, mujer, los bellos resultados que alcanzaríamos si imperase esa idea tan desconocida hoy por la casi totalidad de las mujeres... Si yo pudiera ser oída por vosotras todas, con qué afán, con qué cariño os dijera:

«Dejaos, amigas mías, de esos embustes que os enseñan las religiones todas. Desterrad lejos, muy lejos, esas preocupaciones que os tienen, como a los esclavos del siglo XIII, con un dogal que no os deja moveros para que no penetréis en la senda de la razón. Mi voz no llega a todas vosotras, compañeras queridas; pero seáis las que seáis las que leáis estos renglones que dicta un corazón que siente y un cerebro que piensa, no olvidéis que la mujer se ha de preocupar por su suerte, ha de leer los libros que enseñan, como son las obras ácratas, ha de asociarse con sus hermanas y formar cátedras populares donde aprender a discutir o para ir aprendiendo lo que nos conviene saber».

*** * * ***